

JOSE JUAN DEL COL

**RELACION DE DON BOSCO
CON EL ESTUDIO Y LA CULTURA**

**INSTITUTO SUPERIOR JUAN XXIII
BAHIA BLANCA
2003**

Copyright Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca, 2003

Colección *Estudios*

Vieytes 286

8000 Bahía Blanca (Buenos Aires), Argentina

Tel. (0291) 456 21 17. Fax: (0291) 455 39 95. E-mail: jjdc@juan23.com.ar

ISBN

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Reservados todos los derechos. Impreso en la Argentina

PROLOGO

Este trabajo pretende dar a conocer una faceta ordinariamente poco conocida, por no decir desconocida, de la personalidad de Don Bosco, es decir, su relación con el estudio y la cultura.

Don Bosco es un santo educador, nacido en "I Becchi", caserío de Castelnuovo d'Asti (Piamonte, Italia), en 1815 y muerto en Turín en 1888.

Entre los educadores es figura prominente. Pío XI no vaciló en definirlo "*educator princeps*", o sea el primero entre los educadores o el principal de ellos.

Famoso es su método educativo, que él llamó "Sistema Preventivo". Este método es de perenne actualidad, ya que son perennes sus pilares: la razón, la religión y la "amabilidad" (en el sentido de amor manifestado a los educandos y percibido por ellos).

Acerca de Don Bosco y su sistema educativo existe una copiosa bibliografía. Ver, por ej., en Internet la página Web de los Salesianos de Don Bosco: *www.sdb.org*. Sobre el Sistema Preventivo, consultar, por ej., mediante el buscador Google: *Sistema Preventivo*, y ahí ver: *Salesianos León, El Sistema Preventivo de Don Bosco, Sistema Preventivo*. En *Salesianos León*, rubro "Recursos", aparece una amplia lista de "Estudios sobre la pedagogía y el Sistema Preventivo". En la misma página Web aparece también una lista, igualmente amplia, de "Estudios sobre don Bosco de carácter histórico, hagiográfico, artístico y conmemorativo".

En cuanto a la bibliografía sobre el Sistema Preventivo, me place destacar la Carta Apostólica "Iuvenum Patris" de Juan Pablo II a Don Egidio Viganó, Rector Mayor de la Sociedad Salesiana, en el Primer Centenario de la muerte de San Juan Bosco (31 de enero de 1988). Es un excelente compendio e interpretación actual de la pedagogía de Don Bosco. "San Juan Bosco -afirma el Papa- enseña a integrar los valores permanentes de la tradición con las soluciones nuevas, para afrontar con creatividad las demandas y los problemas emergentes: en estos nuestros difíciles tiempos continúa siendo maestro, proponiendo una educación nueva, contemporáneamente creativa y fiel" (n. 13).

Me place señalar también un valioso estudio, que no consta en la lista citada. Me refiero al libro del Padre Francisco Tassarolo, sdb, titulado "El Sistema Educativo de San Juan Bosco" (Rosario, Ediciones Didascalía, 2002) y que ya alcanzó la cuarta edición.

El presente trabajo se limita a lo indicado en el título "Relación de Don Bosco con el estudio y la cultura". Es un simple esbozo histórico. Sus fuentes son las Memorias Biográficas de Don Bosco. Las que están en italiano se citan con la sigla MB, y las que están en la versión española, con la sigla MBe.

Algo del texto de la primera parte ("Don Bosco y el estudio") fue publicado en "Pertener al Juan" - revista del Instituto Superior Juan XXIII- , en el número de abril de 2001, en el artículo "¿A qué vienen los ojos de Don Bosco?" Y casi todo el texto de la segunda parte ("Don Bosco y la cultura") salió impreso en los números de mayo, junio y agosto -setiembre de 2001 de esa revista, en sendos artículos que llevan por título: "Don Bosco, ¿por qué me miras?" (en alusión a los ojos de Don Bosco estampados en la primera página de los números de marzo y abril de la revista).

Quisiera esperar que, a través de este trabajo, Don Bosco siga siendo impulsor del estudio y la cultura entre jóvenes de hoy, como entre los de ayer.

Bahía Blanca, 22 de setiembre de 2003.

*Pbro. Lic. José Juan Del Col, sdb
Director del Instituto Superior Juan XXIII*

DON BOSCO Y EL ESTUDIO

Rasgos biográficos de Don Bosco

La página Web de la Congregación Salesiana (www.sdb.org) trae esta semblanza de Don Bosco como sacerdote de los jóvenes:

"Juanito Bosco nació el 16 de agosto de 1815, en un pequeño caserío de Castelnuovo d'Asti, en el Piamonte, llamado popularmente 'I Becchi'.

Siendo todavía niño, la muerte de su padre le hizo experimentar el dolor de tantos pobres huerfanitos de los que se hará padre cariñoso. Pero encontró en su madre Margarita un ejemplo de vida cristiana que incidió profundamente en su ánimo.

A los nueve años tuvo un sueño profético: le pareció estar en medio de una multitud de muchachos entregados a sus juegos, pero algunos de ellos blasfemaban. Rápidamente Juanito se arrojó sobre los que blasfemaban, con sus puños y a patadas para hacerlos callar; pero he aquí que se presenta un Personaje que le dice: 'No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad deberás ganarte a estos tus amigos.. Yo te daré la Maestra bajo cuya disciplina llegarás a ser sabio; y sin la cual, toda sabiduría se convierte en necedad'. El Personaje era Jesús y la Maestra María Santísima, a cuya guía se abandonó toda la vida y la honró con el título de 'Auxiliadora de los cristianos'.

Así fue como Juan quiso aprender a ser saltimbanqui, prestidigitador, cantor, titiritero, para poder atraerse a los compañeros y mantenerlos alejados del pecado. 'Si están conmigo, decía a su mamá, no hablan mal'.

Queriendo ser sacerdote para dedicarse enteramente a la salvación de los niños, mientras trabajaba de día, pasaba las noches sobre los libros, hasta que, a la edad de veinte años, pudo entrar en el Seminario de Chieri y ser ordenado Sacerdote en Turín en 1841, a los 26 años.

En aquellos tiempos, Turín estaba llena de muchachos pobres en busca de trabajo, huérfanos o abandonados, expuestos a muchos peligros para el alma y para el cuerpo. Don Bosco comenzó a reunirlos los Domingos, ya en una iglesia, ya en un prado, ya en una plaza, para hacerlos jugar e instruirlos en el Catecismo, hasta que, después de cinco años de enormes dificultades, logró establecerse en el barrio periférico de Valdocco y abrir su primer Oratorio.

En él, los muchachos encontraban comida y alojamiento, estudiaban o aprendían un oficio; pero, sobre todo aprendían a amar al Señor. Santo Domingo Savio era uno de ellos.

Don Bosco era muy querido por sus 'pilluelos' (así los llamaba él) hasta lo inverosímil. A quien le preguntaba el secreto de tanto ascendiente sobre ellos, respondía: 'Con la bondad y el amor trato de ganar para el Señor a estos mis amigos'. Por ellos sacrificó todo el poco dinero que poseía, su tiempo, su ingenio que era capaz de todo, su salud.

Con ellos se hizo santo. Para ellos fundó la Congregación Salesiana, formada por sacerdotes y laicos que quieren continuar su obra y a la que señaló como 'fin principal el sostener y defender la autoridad del Papa'.

Queriendo extender su apostolado también a las muchachas, fundó con Santa María Dominica Mazzarello la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora.

Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora se extendieron por todo el mundo al servicio de los jóvenes, de los pobres y de los que sufren, con escuelas de todo género y grado, institutos técnicos y profesionales, hospitales, dispensarios, oratorios y parroquias.

Dedicó todo su tiempo libre, que muchas veces lo robaba al sueño, para escribir y divulgar opúsculos fáciles para la instrucción cristiana del pueblo.

Fue, además de hombre de caridad muy activa, un místico entre los más grandes. Toda su obra tuvo su origen y fuente en la íntima unión con Dios, que desde joven cultivó cuidadosamente y se desarrolló en el abandono filial y fiel al designio que Dios había predispuesto para él, guiado paso a paso por María Santísima, que fue la Inspiradora y la Guía de todas sus empresas.

Pero su perfecta unión con Dios estuvo, acaso como en pocos Santos, unida a una humanidad entre las más ricas por bondad, por inteligencia y por equilibrio, a lo cual hay que añadir el valor de un conocimiento excepcional del alma humana, madurado en las largas horas transcurridas diariamente en el ministerio de las confesiones, en la adoración al Santísimo Sacramento y en el continuo contacto con los jóvenes y con personas de toda edad y condición.

Don Bosco formó generaciones de santos porque recordaba a sus jóvenes el amor de Dios, la realidad de la muerte, del juicio de Dios, del infierno eterno; la necesidad de rezar, de evitar el pecado y las ocasiones que conducen a pecar y de acercarse frecuentemente a los Sacramentos.

'Queridos míos, yo os amo con todo mi corazón y basta que seáis jóvenes para que yo os ame muchísimo'. Amaba de tal modo que cada uno pensaba que él era su predilecto.

'Encontraréis escritores mucho más virtuosos y doctos que yo; pero difícilmente podréis encontrar alguien que os ame más en Jesucristo y más desee vuestra verdadera felicidad'.

Agotado en sus fuerzas por el trabajo incesante, enfermó gravemente. Particularmente conmovedor: muchos jóvenes ofrecieron al Señor la propia vida por él. '... Lo que he hecho, lo he hecho por el Señor... Se habría podido hacer más... Pero lo harán mis hijos... Nuestra Congregación es conducida por Dios y protegida por María Auxiliadora'.

Una de sus recomendaciones fue ésta: 'Decid a los jóvenes que los espero en el Paraíso...'

El 31 de enero de 1888 expiraba en su pobre habitación en Valdocco, a la edad de 72 años.

El 1 de abril de 1934, Pío XI, que tuvo la dicha de conocerlo personalmente, lo proclamó Santo."

Don Bosco estudioso

El Padre Aquiles Ratti, futuro Pío XI, hombre de gran inteligencia y cultura, había conocido a Don Bosco personalmente en Valdocco (Turín). Siendo papa, en el curso de la audiencia concedida el 17 de junio de 1932 a los clérigos de los Pontificios Seminarios Romanos se complació en poner de relieve lo siguiente acerca de Don Bosco:

"Muchos no advirtieron lo que fue la preparación de su inteligencia, la preparación de la ciencia, la preparación del estudio y son muchísimos los que no tienen idea de lo que Don Bosco dio y consagró al estudio. Había estudiado muchísimo, siguió por mucho tiempo estudiando vastísimamente y un día nos dijo lo que no había confiado a nadie, pero que, encontrándose con un hombre de libros y de biblioteca, le parecía tener que decir: tenía un vasto plan de historiografía eclesiástica" (Memorie Biografiche di Don Bosco (en adelante MB) XIX, 214).

En verdad, Dios había dotado a Don Bosco de un poderoso ingenio y de una memoria portentosa; él, a su vez, supo explotar maravillosamente esos talentos para su perfección humana y para el servicio de Dios y del prójimo.

Poderoso ingenio. El mismo Pío XI así calificó el talento de Don Bosco: inteligencia superior y sorprendente (en Luigi Terrone, *Lo spirito di S. Giovanni Bosco*, Torino, SEI, debajo de la foto de Don Bosco); inteligencia luminosa, vívida, perspicaz y vigorosa (ib., 234); ingenio vasto y vivaz (ib., 319); luminoso y vasto y alto pensamiento, y no común, antes bien muy superior al ordinario, el vigor de la mente y del ingenio (ib., 81). Ese gran Pontífice era de parecer que Don Bosco, por él calificado magnífica creatura de Dios en el orden natural así como era creatura escogida en el orden sobrenatural, si se hubiera limitado al campo de los estudios y la ciencia, habría podido resultar el docto, el pensador, el escritor (MB XIX, 81), y dejando ciertamente una huella profunda, como alguna huella en este mismo campo dejó (ib., 234) con alrededor de setenta libros y opúsculos de educación popular, algunos de los cuales tuvieron un éxito extraordinario (ib., 102).

Memoria portentosa. Lo fue, sin duda, la de Don Bosco. Niño de diez años, sabía repetir al pie de la letra sermones, panegíricos, instrucciones religiosas (MB I, 130). Un domingo, al bajar del púlpito, el párroco, Don Cinzano, quiso comprobar la verdad de esa fama y he ahí que Juanito le va desgranando todo entero el sermón, sin vacilar ni un solo instante (ib., 329). Más tarde, en la escuela de Chieri, su memoria hasta provoca un aplauso y gritos de admiración. El mismo Don Bosco cuenta el episodio en sus *Memorias del Oratorio* con lujo de detalles:

"Explicaba un día el profesor (= José Cima) la vida de Agesilao, escrita por Cornelio Nepote. Aquel día no tenía yo mi libro, y para disimular mi olvido sostenía

abierto ante mí el Donato (= la gramática latina de ese autor). Los compañeros se dieron cuenta de ello. Empezó uno a reír, siguió otro, hasta que cundió el desorden en la clase.

- ¿Qué sucede? -dijo el profesor-; ¿qué sucede? Díganlo en seguida.

Y como todas las miradas se dirigiesen hacia mí, me mandó hacer la construcción gramatical y la explicación. Los compañeros, casi instintivamente, aplaudieron, entre gritos de admiración. Imposible explicar el furor del profesor, ya que era aquella la primera vez en que, según él, no podía obtener disciplina. Me largó un pescozón, que esquivé agachando la cabeza; después, con la mano sobre mi Donato, hizo explicar a los vecinos la razón de aquel desorden. Ellos dijeron:

- Bosco, con el Donato en las manos, ha leído y explicado como si tuviera el libro de Cornelio.

Reparó el profesor en el Donato, me hizo continuar dos períodos más, y después me dijo:

- Le perdono su olvido por su feliz memoria. Es usted afortunado; procure servirse bien de ella" (P. Rodolfo Fierro, *Biografía y escritos de S. Juan Bosco*, BAC, Madrid MCMLV, p. 101-102).

Otra prueba de la potencia de su memoria fue la que, siendo seminarista, dio a su íntimo amigo Luis Comollo. Había leído una sola vez, entre otras muchas obras, los siete volúmenes de Flavio Josefo. En cierta ocasión, sacando esos tomos de la biblioteca del párroco Don Cinzano, tío de su amigo, se los presentó a este diciéndole: "¿Qué capítulo quieres que te repita? Basta que me digas el título". Comollo lo contentó, y Juan Bosco repitió ese capítulo con admirable rapidez desde las primeras palabras hasta las últimas. Después del primer capítulo, repitió otros más. "Ahora – prosiguió Juan- pregúntame por cualquier hecho que te guste elegir". Comollo miró el índice y preguntó el primer hecho que cayó bajo sus ojos. Juan lo sabía tan de memoria, que no se equivocó ni siquiera en una frase. "Ahora –dijo nuevamente Juan- puedes abrir esos libros donde más te agrada y dime las primeras palabras del primer renglón, también si el período estuviera incompleto". Así lo hizo Comollo, y Juan repetía como si tuviera la página bajo sus ojos. Finalmente, cuando Comollo le indicaba un hecho, sabía en qué página se hallaba y en qué punto de esta empezaba el texto (MB I, 433).

Semejante don del Señor lo acompañó a Don Bosco sin nunca languidecer hasta el fin de la vida. Es su primer biógrafo, Don Juan Bautista Lemoyne, quien apunta este dato y lo prueba. "En el último año de su vida, después de las audiencias de varias horas, solía recrear a sus dos secretarios recitando algún terceto de Dante o alguna octava del Tasso: luego de repente callaba, como si no recordara más los versos siguientes, e invitaba a sus oyentes a continuar la recitación; lo que ellos no siempre sabían hacer; y entonces él les sugería el primer verso, y si todavía quedaban encallados, sin más ni más continuaba el entero canto hasta el fin, como si tuviera delante de los ojos el poema. Era esta su diversión. Conociendo esto los secretarios, a veces ellos mismos empezaban la recitación de estrofas puestas en los últimos cantos o en la mitad del libro, pero Don Bosco nunca se hallaba embrollado para proseguir. Dos meses antes de su muerte, acompañándolo en coche Don Rua y su secretario, cayó el discurso sobre ciertos trozos de la historia sagrada, que al Metastasio le sirvieron de tema para algún drama. Y él, el venerable Padre, se puso a declamar con gusto, sin fallar, escenas enteras entre las más conmovedoras de este autor. Y pensar que, después de los cursos de gimnasio, no había abierto más esos libros" (ib., 319). En verdad, tuvo Don Bosco una memoria portentosa y portentosamente tenaz.

Y qué bien se sirvió de ella, conforme al consejo que le diera el Prof. Cima. Así sacó partido de ella para redactar con agilidad las vidas de los Papas y Mártires de los tres primeros siglos. "Cuando no podía moverse del Oratorio -refieren las Memorias Biográficas-, necesitando él consultar o incorporar a sus escritos algún trozo de autor, escribía en papelitos el nombre de varios autores, con el título de la obra, el volumen, el capítulo, la página. Luego los entregaba a un joven o a un clérigo, que corría a la Universidad y le traía copiados los trozos que deseaba" (MB V, 578). A menudo, apremiando el tiempo para la publicación, dictaba no más esas vidas sin tener ningún libro adelante (ib.). También se valió de su memoria en favor de otros. Escribe Don Lemoyne: "El conocía al dedillo infinidad de libros. Sus sacerdotes reportaron de eso una gran ayuda y un inmeso ahorro de tiempo, porque debiendo hacer sermones, panegíricos, prepararse a exámenes, escribir libros, acudían a él, quien indicaba siempre cinco o seis volúmenes, señalaba cuál fuera el autor más estimado, especificaba la manera con la cual habían de sacar provecho" (MB I, 433-434):.

Amor de Don Bosco al estudio

Don Bosco, ya de niño mostró un extraordinario amor al estudio. Tenemos al respecto graciosas narraciones que su hermano José hizo a los alumnos del Oratorio de Valdocco.

Lo pintaba "conduciendo las vacas al pasto, cavando las viñas, podando las vides, dallando la hierba, segando el trigo, agavillando, trillando y beldando las mieses en la era.

-Pero siempre y en todas partes, añadía él, llevaba consigo un amigo inseparable; un libro, lo mismo que guiara o que guardara la vacada en el pastizal, que fuera o volviera del campo, a pie o en el carro, siempre se le veía con el libro en la mano. En las horas en que los demás tomaban un bocado y descansaban, él hacía lo mismo; pero sostenía con una mano el panecillo y con la otra el libro que leía. Al final de la jornada regresaba a casa, merendaba y, mientras todos descansaban, él se metía en su cuartito y se pasaba varias horas estudiando. Durante algún tiempo se iba por la mañana temprano a clase con el capellán de Morialdo y hacía los deberes por la noche" (Memorias Biográficas de Don Bosco -en adelante MBe- VII, 292-293).

Tenemos a este respecto testimonios del mismo Don Bosco. En setiembre de 1826, es decir a los once años, había él empezado regularmente los estudios bajo la generosa guía de Don Calosso: gramática italiana, el Donato o gramática latina, lecciones, tareas. Era su delicia y progresaba muchísimo. Pero al llegar la primavera y urgiendo los trabajos del campo, he ahí al hermanastro Antonio quejarse de que Juanito perdiera el tiempo haciendo el señorito. Hubo que llegar a una transacción. Recuerda Don Bosco: " (Yo) iría un rato a la escuela por la mañana y el resto del día lo emplearía en trabajos materiales". Pero, ¿y las lecciones? ¿y las tareas? Escribe Don Bosco: "La ida y la vuelta de la escuela me proporcionaba algo de tiempo para estudiar. Cuando llegaba a casa tomaba la azada en una mano y en otra la gramática, y por el camino estudiaba: *Qui, quae, quod*, etc. , hasta el lugar del trabajo; allí daba una mirada de compasión a la gramática, la ponía en un rincón y me disponía a cavar, a escardar o a recoger hierbas con los demás, según la necesidad. A la hora en que los demás solían merendar, yo me retiraba aparte, y en una mano tenía el pan que comía, y con la otra sostenía el libro y estudiaba. La misma operación hacía al volver a casa. Las horas de comer y de cenar, más algún hurto hecho al sueño, eran el único tiempo que tenía para los deberes escritos" (Fierro, op. cit., p. 94-95).

Para que Juan Bosco pudiera realizar en Chieri los estudios de bachillerato, su mamá, Margarita Occhiena, rogó a José Pianta, primo y amigo de la familia Bosco, que aceptase a Juan en su casa. Pianta lo aceptó como mozo en su establecimiento, una cafetería. En la casa del primo, Juan se ocupaba también de varias otras tareas domésticas y hacía de vigilante por la noche. A la vez se dedicaba al estudio o lectura siempre que le fuera posible. Así, cuando el amo le encargaba anotar los tantos de los jugadores de billar, él iba a la sala leyendo un libro. Al acabar las tareas que se le habían encomendado estudiaba y hacía sus deberes escolares. También daba clases particulares. Incluso preparaba licores, dulces, pastas, helados y refrescos.

Cursando el cuarto año de bachillerato, se sentirá como acosado por el ansia de leer los clásicos. Y bien, llegó entonces a contraer relaciones con un librero judío por nombre Elías, conviniendo con él que le pagaría 5 centavos por cada volumen de la Biblioteca Popular que le prestara. Eran 5 centavos que se le esfumaban diariamente, pues leía un volumen por día. Nótese que la Biblioteca Popular era una colección de obras clásicas italianas, latinas y griegas, que se componía de tomitos manuales de 160 páginas cada uno, impresos en letra apretada, pero clara. Ese año lo empleó en la lectura de los autores italianos y el año siguiente -año de retórica- en la de los clásicos latinos, cuales Cornelio Nepote, Cicerón, Salustio, Quinto Curcio, Tito Livio, Cornelio Tácito, Ovidio, Virgilio, Horacio y otros. La plata le venía como gratificación por los repasos o lecciones particulares que él daba. Pero, ¿de dónde sacaba el tiempo para semejante tren de lecturas? Del tiempo libre que podía tener a lo largo del día y sobre todo del tiempo de la noche, restando horas al sueño. El mismo hizo esta confidencia: “Como mi madre me había acostumbrado a dormir bastante poco, podía emplear dos tercios de la noche en leer libros a mi gusto, y dedicar casi todo el día a trabajos de mi libre elección” (Fierro, op. cit., p. 119).

Por la entrada en el Seminario no sufrió mengua su afán de leer para adquirir siempre nuevos conocimientos. Las Memorias Biográficas nos informan: Por la mañana era el primero en levantarse al toque de la campana y se apresuraba en vestirse, asearse, tender la cama y ordenar sus cosas según prescribía el reglamento; se retiraba luego cerca de una ventana para atender a la lectura de algún libro: cada día ganaba así alrededor de un cuarto de hora. Para leer a lo largo del día iba atesorando todo retazo de tiempo que pudiera ofrecérsele, como los minutos de espera antes de que entrara el profesor en el aula. Sabía buscarse el tiempo con una verdadera avidez. A tal efecto acortaba de un cuarto de hora los recreos ordinarios; renunciaba completamente a los recreos extraordinarios; agilizaba su aseo personal en la media hora antes de los paseos y de la ida a la catedral para las funciones sagradas; hasta su sobriedad en la comida, a más de serle inspirada por el espíritu de mortificación, lo era por el amor al estudio, o sea para poderse dedicar a sus ocupaciones ya a los veinte minutos de comer (MB I, 380-381).

Al acopio de lecturas clásicas fue añadiendo, desde el segundo año del currículo filosófico, un acopio mucho mayor de lecturas ascéticas o de escritores religiosos. Es que en ese año leyendo por casualidad la *Imitación de Cristo* se dio cuenta de que en esa minúscula obrita se hallaba encerrada más sabiduría que en los gruesos volúmenes de los clásicos antiguos.

Viró entonces resueltamente hacia los escritores religiosos. Empezó por las Antigüedades Judaicas y la Guerra Judaica de Flavio Josefo; siguió con varios otros escritores religiosos, como Balmes, Segneri, Henrion ... Leyó además y estudió con mucho amor los santos Padres y Doctores de la Iglesia, especialmente San Agustín, San Jerónimo, Santo Tomás de Aquino. Y finalmente leyó y estudió toda la Biblia.y comentarios sobre la misma.

Adviértase que no leía a vuelo de pájaro. Don Lemoyne atestigua que él “por más voluminosa que fuera la obra que tenía entre manos, no la dejaba a un lado ni tomaba otro libro, hasta tanto no la hubiese leído enteramente” (ib., 380). “En eso de la lectura – anota también dicho padre- ponía la máxima atención, no leyendo por puro deleite o curiosidad, sino para aprender y retener. Los mismos prólogos eran por él meditados, porque juzgaba necesario conocer el plan del autor y los motivos que lo habían inducido a escribir; y comenzaba siempre por dar una mirada al índice a fin de tener una síntesis del libro” (ib.).

El Decreto del *Tuto* para la canonización de Don Bosco -o sea, decreto por el cual se declaraba que podía procederse seguramente (*tuto*) a la canonización- trae este magnífico juicio de su capacidad mental y de su carrera estudiantil: "Resplandeció en él desde la niñez una índole excelente, acompañada de agudeza de ingenio y gran tenacidad de memoria, de suerte que, frecuentando las escuelas, aprendía en un instante cuanto le era enseñado por los maestros y primaba sin competición en las clases por prontitud en aprender y por penetración mental" (MB XIX, 241). Ya en el Breve Apostólico de la Beatificación se afirmaba que antes de entrar en el Seminario de Chieri Juan Bosco se demostró siempre un alumno ejemplar y que luego cumplió con provecho los cursos de filosofía y teología (ib., 139). Son, estos, juicios en extremo halagüeños, sobre todo teniendo en cuenta que pertenecen a documentos en cuya redacción se pesan y sopesan las palabras para que respondan a la más depurada realidad histórica. El mismo Don Bosco, refiriéndose a sus estudios de Chieri anteriores a la entrada en el Seminario, dejó consignado en las *Memorias del Oratorio*: "La atención en clase me bastaba para aprender lo que necesitaba. Tanto más cuanto que entonces yo no distinguía entre leer y estudiar, y podía repetir fácilmente el argumento de un libro leído u oído contar" (Fierro, op. cit., p. 119).

Solo por su asidua atención en clase, servida por un ingenio y memoria verdaderamente singulares, se explican los triunfos estudiantiles de Don Bosco. Había hecho fragmentariamente los estudios primarios, aprendiendo un poco de todo, pero eso era tan desordenado e imperfecto que en realidad venía a ser casi nada, como dejó escrito el mismo Don Bosco. Por consiguiente, en Chieri se le aconsejó inscribirse en la clase preparatoria al gimnasio (= enseñanza media). Pero al cabo de dos meses, como hubiese obtenido el primer puesto, se le concedió rendir examen para pasar al primer año de estudios secundarios. Al cabo de otros dos meses, habiendo alcanzado nuevamente el primer puesto y no una, sino varias veces, se le concedió otro examen y pasó al curso superior. Así, en un año cumplió tres cursos. Quemó, pues, etapas. Y descollando siempre, siempre invicto. Siendo además presidente y juez inapelable en un círculo estudiantil de cultura (MB I, 379), superaba el último examen el 15 de mayo de 1841, obteniendo *plus quam optime* (más que óptimamente).

El 15 de junio era ordenado sacerdote en Turín. Siguió él estudiando por tres años en esa ciudad, en el Colegio de San Francisco de Asís, un Colegio Mayor o Escuela Superior eclesiástica. Pero aun después tuvo siempre el espíritu abierto de par en par a cuantos valores intelectuales pudieran tornarle útiles en el desarrollo del ministerio sacerdotal.

Don Bosco, además del trabajo en el Oratorio de Valdocco, se ocupaba del sagrado ministerio en las cárceles, en el Hospital del Cottolengo y en el "Refugio". Para estudiar y escribir libros se veía obligado a hacerlo de noche. Pero eso perjudicaba su salud. Así, unas semanas después de tomar posesión del cobertizo Pinardi, primera sede del Oratorio de Valdocco, esa mole de trabajo durante el día y durante la noche le causó un

quebranto tal en su salud que los médicos le aconsejaron abandonar todo trabajo, si no quería morir en la flor de la vida (MBe II, 341).

Don Bosco impulsor del estudio juvenil

Don Bosco supo transmitir su estudiosidad a los jóvenes del Oratorio. En los comienzos del Oratorio, incluso iba juntamente con los muchachos a escribir y pensar sus escritos en el salón general de estudio; era, este, la antigua capilla-cobertizo de la casa Pinardi, convertido en salón multiuso, ya que servía para dormitorio, clases y salón de estudio (MBe, IV, 347).

En las vacaciones, que duraban cuatro meses, Don Bosco quería que sus jóvenes estudiantes no permanecieran ociosos, sino que se ocuparan en el estudio y la lectura. Les mandaba repasar los estudios hechos durante el ciclo lectivo o dedicarse a alguna materia, como griego o francés, historia antigua o moderna, geografía, astronomía. O les hacía hacer dibujo o trazar mapas topográficos de algunos Estados o provincias. Frecuentemente los exhortaba a redactar cartas, exhortando al mismo tiempo a buscar en sus escritos sencillez de estilo; pero advertía que esta sencillez iba a ser fruto de largos estudios sobre los clásicos (ib., 483).

Con los jóvenes del Oratorio que eran clérigos era más exigente todavía en cuanto a aprovechamiento del tiempo libre para el estudio. Cuando ya iban a la Universidad después de cursar latín en el Oratorio y de estudiar teología en el Seminario, mostraba siempre vivo deseo de que estudiaran los clásicos latinos eclesiásticos. "Desde 1851 y 1852 explicaba él mismo durante el tiempo de vacaciones, y muy bien, a Miguel Rúa y a otros alumnos suyos varios fragmentos de estos autores sagrados, especialmente las cartas de San Jerónimo, e insistía para que las tradujeran, aprendieran de memoria y comentaran. Buscaba transmitir a los demás su propio entusiasmo, y experimentaba una gran pena al saber que algunos profesores distinguidos se reían del latín de la Iglesia y de los Padres, llamándolo, con desprecio, latín de sacristía. Decía que los que despreciaban la lengua de la Iglesia demostraban desconocer las obras de los Santos Padres, los cuales, en buena parte, forman por sí mismos la literatura latina de varios siglos, y una literatura espléndida que, en muchos aspectos, iguala a la edad clásica y la supera infinitamente por la magnificencia de ideas, como el cielo a la tierra, la virtud al vicio y Dios al hombre. Más aún, añadía que por la elegancia de estilo, la gracia del lenguaje, la fuerza y sublimidad de conceptos, algunos de ellos aventajan a los mismos escritos del siglo de Augusto; y lo demostraba" (ib., 484).

"Cuando Pío IX en 1855 resolvió, en una de sus encíclicas, la cuestión habida entre monseñor Dupanloup y Gaume, decidiendo que había que unir hermosamente el estudio de los clásicos paganos con el de los clásicos cristianos, para revestir con lengua latina, depurada y elegante, las ideas cristianas, dando normas sobre el particular, don Bosco repetía que sus ideas estaban totalmente de acuerdo con las del Papa" (ib., 485).

Don Bosco promovía la formación académica de los clérigos, para que el día de mañana pudieran ejercer la docencia en escuelas públicas o privadas, tanto científicas como literarias. Los políticos, en efecto, eran hostiles a la libertad de enseñanza y hubieran podido trabarla.

"- 'Eso no tiene remedio, iba diciendo don Bosco; los tiempos son malos y no cambiarán tan pronto. Dentro de unos años tendremos que cerrar nuestras escuelas, o disponer de profesores titulados para enseñar' " (MBe VI, 265).

Por tal motivo hizo estudiar a algunos de sus clérigos para que pudieran presentarse a los exámenes de los cursos de magisterio y alcanzar el título oficial para las escuelas elementales. También fuera preparando a algunos más dotados para la licenciatura y el doctorado. Entre los Superiores de Congregaciones fue el primero en tomar esta medida, matriculando alumnos suyos en la Real Universidad de Turín para que cursaran Letras, Filosofía y Matemáticas. Exhortó igualmente a Obispos que hicieran otro tanto, pues de lo contrario el clero perdería todas las escuelas. También aconsejó a los Superiores de Ordenes religiosas que proveyeran de profesores titulados de la propia Orden a sus propios Centros de estudios. De esta manera, por iniciativa de Don Bosco, muchos sacerdotes y clérigos, además de los suyos, obtuvieron los títulos legales para la enseñanza elemental y clásica superior (ib., 265-266).

Es de notar que los clérigos del Oratorio se distinguían en los exámenes a que se presentaban. Por ejemplo, el 23 de junio de 1863, cuarenta y siete clérigos, estudiantes de filosofía y teología, rindieron exámenes en el Seminario de Turín; pues bien, siete de ellos merecieron *egregie*, correspondiente a matrícula de honor (la más alta calificación que permitía al alumno que la había obtenido la inscripción con carácter gratuito en el curso siguiente); veintiocho sacaron *optime*, que equivale a sobresaliente; once, *ferè optime*, que corresponde a notable; y uno solo, *bene* (bien). Lo mismo ocurrió en la Universidad estatal de Turín cuando cuatro maestros del Oratorio se presentaron a examen el 6 de julio del mismo año para ingresar en la Facultad de Letras. Para ellos, a quienes ciertos profesores consideraban mal preparados, se habían constituido dos mesas examinadoras especiales. Los cuatro candidatos obtuvieron la mejor calificación y a dos de ellos les dieron, además, matrícula de honor. Fueron luego objeto de una cordial ovación al salir del aula, por los numerosos compañeros de Universidad que los felicitaron sinceramente por su brillante éxito (MBe VII, 396-397).

No fueron, esos, casos aislados. Se repitieron constantemente, demostrando el entusiasmo con que se estudiaba en el Oratorio. Con frecuencia, en las sesiones de exámenes los jóvenes del Oratorio resultaban los primeros, aventajando a los alumnos de todas las escuelas públicas y privadas de Turín. Además de estar diligentemente preparados, algunos, animados por sus profesores con algún libro de premio, habían aprendido de memoria autores clásicos, prosistas y poetas. El estudio constituía de verdad su continua ocupación. Un profesor, Antonio Prato, hablando sobre exámenes de aquellos alumnos del Oratorio, que en su mayoría se examinaban en el Gimnasio (= centro de enseñanza media) Monviso, del que era director, repetía que era inmensa la utilidad que proporcionaban a los alumnos de las escuelas públicas, despertando su emulación; aunque estos no llegaron a superar a aquellos (ib., 440-441).

Recomendaciones de Don Bosco acerca del estudio

Don Bosco animaba al estudio y dio varias recomendaciones para dedicarse a él con más provecho. A continuación se señalarán algunas de tales recomendaciones.

El estudio era, en la praxis educativa de Don Bosco, un medio indispensable para ser bueno. He aquí un ejemplo:

Francisco Besucco, muchacho de catorce años, había sido admitido en el Oratorio gracias a una recomendación del Arcipreste de Argentera, su pueblo natal. Encontrándose en medio de tantos compañeros buenos, quería ser como ellos, pero no

sabía cómo hacer. Se lo dijo a Don Bosco pidiéndole ayuda. Escribe el mismo Don Bosco en la biografía de Besucco titulada *El pastorcito de los Alpes*:

"- Te ayudaré con todos los medios que me sea posible. Si quieres ser bueno, practica sólo estas tres cosas y todo irá bien.

- ¿Cuáles son esas tres cosas?

- Son éstas: alegría, estudio y piedad. Este es el gran programa: cumpliéndolo podrás vivir feliz y proporcionar mucho bien a tu alma" (MBe VII, 422).

En noviembre de 1864, durante varias "Buenas noches" (platiquitas que seguían a las oraciones de la noche, antes de que los chicos fueran a acostarse) Don Bosco dio unos avisos para fomentar el progreso de los alumnos en el estudio. Son los siguientes:

"24 de noviembre. - Quiero indicaros, mis queridos amigos, algunos medios para triunfar en los estudios y os diré uno cada noche.

El primer medio para triunfar en ellos es el temor a Dios. *Initium sapientiae timor Domini* (Principio de la sabiduría es el temor a Dios. ¿Queréis ser verdaderamente doctos y sacar fruto en la escuela? Temed al Señor, guardaos de ofenderle, porque *in malevolam animam non introibit sapientia nec habitabit in corpore subdito peccatis* (en alma perversa la Sabiduría no entra, no habita en cuerpo sometido al pecado). La ciencia de los hombres dimana de la de Dios.

Y además, ¿qué gusto pretendéis que experimente en el estudio quien tiene el corazón agitado por las pasiones? ¿Cómo queréis que supere las dificultades, que se presentan en la clase, sin la ayuda de Dios? *Omnis sapientia a Domino Deo est* (Toda sabiduría viene del Señor Dios). Un solo pecado mortal ofende tan grandemente a Dios que todos los ángeles y los hombres juntos no podrían repararlo. Y Dios ¿va a ayudar en los estudios a quienes le ofenden tan gravemente? Los hombres verdaderamente sabios nunca fueron de los que ofendían al Señor. Mirad a santo Tomás, a san Francisco de Sales. La experiencia enseña de continuo que los que aprovechan en el estudio son los que viven alejados del pecado. Existen, es cierto, malvados que brillan por su ingenio y su saber. Mas tal vez merecieron del Señor en otros tiempos por su buena conducta y sus obras buenas este gran don del que más tarde abusaron. Por lo demás, la mayor parte de ellos no poseen la verdadera sabiduría: tienen la mente repleta de errores que enseñan a otros. Y si a alguno de estos malvados le ha permitido el Señor avanzar en la ciencia, a pesar de ser su enemigo, ello servirá para mayor castigo y mayor maldición por haber abusado.

25 de noviembre. -El segundo medio para triunfar en los estudios es no perder nunca un minuto de tiempo. El tiempo, mis queridos amigos, es oro. *Fili, conserva tempus* (Hijo conserva el tiempo). El tiempo que se debe dar al estudio, dádselo por entero. No busquéis jamás pretextos para ausentaros de clase. Es doloroso ver muchachos que van buscando subterfugios de enfermedades o permisos arrancados a los superiores para escapar de este deber.

No leáis libros, que no pertenecen a los programas escolares, en tiempo de estudio o de clase.

Frenad la fantasía. ¿Veis a ése que parece tan atento sobre su libro? ¿Creéis que estudia? ¡Nada de eso! Tiene la mente a mil leguas. ¡Mirad! ¡Sonríe! Le parece que está de recreo jugando a la peonza; y piensa que ha ganado a su compañero. Este otro piensa en las castañas y el salchichón que guarda en el cajón. Aquél tiene el proyecto de comprarse determinado libro, de lograr hacer una trampa, de dar aquella broma, o ir a

una excursión. No hablo de jóvenes que piensan en ofender a Dios, porque confío que aquí en el Oratorio no los hay. A estudiar, pues, y a no perder el tiempo.

26 de noviembre. -Tercer medio para triunfar en los estudios. Acostumbrarse a no saltar de un capítulo a otro de la ciencia que sea, de una a otra regla de gramática, de uno a otro tema, sin haber comprendido el anterior. Por tanto, retened en la memoria cuanto vayáis estudiando. Ya lo dijo Cicerón: *tantum scimus quantum memoriae mandamus* (tanto sabemos cuanto recordamos). Estudiad cada día de modo que quede fija en la mente la lección o el trozo del autor clásico que el maestro os señala para aprender. Digo cada día: porque si hoy descuidáis el aprender, deberéis doblar el trabajo mañana, si no queréis retrasaros. Quien descuidase esta diligencia durante una semana deberá remediar el atraso de siete lecciones, advirtiendo que el deber diario es bastante para ocupar toda una jornada. Por no tener esta norma, hay muchos cargados de lagunas en la mente, con muchas cosas que no quedaron entendidas, y en los últimos meses del curso se matan a estudiar por miedo a ser suspendidos. Por el contrario, el que siempre fue diligente tiene seguros sus conocimientos y el día del examen no le proporciona la menor molestia.

27 de noviembre. - Cuarto medio para estudiar con éxito. Comer a su debido tiempo. Mata más la gula que la espada. ¿Queréis instruiros? No viváis para comer; comed para vivir. Haced un desayuno y una merienda ligeros. No comáis hasta atracaros. Si guardáis algún buen bocado en vuestro baúl, no os dejéis vencer por la gula, no lo comáis todo de un golpe, como para reventar; guardad algo para los días siguientes y no os hará daño. No creáis que os lo digo por interés particular; de veras que no: la experiencia demuestra que si tomáis un bocado menos al desayunar, tomaréis luego más de tres en la comida. Quien va a clase o al estudio con el estómago demasiado lleno, muy pronto queda con la cabeza cargada e indispuesto, sin ganas; combate inútilmente el sueño y no hace nada, porque nada o casi nada entiende y no puede prestar atención. Si después realiza un esfuerzo para trabajar, peor que peor. Sobreviene el dolor de cabeza, ya no hace nada durante unos días y algunas veces se gana una fuerte indigestión.

28 de noviembre. - Quinto medio para estudiar con éxito. La compañía de muchachos aplicados. Es éste el medio más adecuado para aprovechar en el estudio. Cuando estáis de recreo, acercaos a los clérigos o a los compañeros más instruidos y pedidles un detalle de geografía, explicación sobre ciertas frases de autores clásicos, sobre alguna regla de gramática, o sobre algún punto de historia. Hablando entre vosotros con frecuencia de cosas referentes a los ejercicios, a las lecciones, a las traducciones, sacaréis mucho provecho. Durante los paseos entreteneos también en semejantes razonamientos y dejad la compañía de ciertos holgazanes y necios que ciertamente harían perder más que conquistar la ciencia. Las conversaciones inútiles o frívolas no sirven más que para disipar la mente y enfriar el corazón. Dice el Sabio: Si quieres llegar a sabio, trata con los que lo son" (MBe VII, 695-697).

En las "Buenas noches" del 11 de setiembre de 1867, Don Bosco encareció a los alumnos la fuga del pecado, ya que en este veía el mayor obstáculo para adelantar en el estudio y en el trabajo. Nótese que en el Oratorio convivían estudiantes y artesanos. Dijo en esa oportunidad:

"Os quiero enseñar esta noche el método para adelantar en vuestros estudios y trabajos; el método no es mío, sino que lo da el Señor. *In malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis*. (En el alma malvada no entrará la sabiduría, ni habitará en el cuerpo sujeto al pecado). Se entiende la verdadera sabiduría,

no la sabiduría del mundo, la que reconoce un Dios creador y señor de todas las cosas, y nuestro estrechísimo deber de obedecer sus leyes, y las tremendas amenazas de penas para los transgresores de las mismas en el tiempo y en la eternidad, y los premios prometidos aun en la vida presente a los que cumplen fielmente sus mandamientos.

Quitad, pues, de vuestro corazón el obstáculo que impide la entrada en vosotros de la verdadera sabiduría, que es el santo temor de Dios, porque con esta sabiduría entrará también la seguridad de la ayuda de Dios para el feliz resultado de la carrera emprendida por vosotros. Este obstáculo es el pecado.

Pero mirad que el pecado no es como los otros enemigos que, una vez vencidos y arrojados, no vuelven más. Hemos de luchar para mantenerlo lejos, porque viene *tamquam fur* (como un ladrón), mientras dormimos. El demonio, si ve que dejamos la puerta abierta, por medio de las obras, por medio del contacto con hechos malos, entra por ella; entra también por las ventanas, o sea, por los ojos, con las miradas maliciosas, con las curiosidades peligrosas, con ciertas lecturas. Guardad, por tanto, las ventanas, cerradlas bien.

El pecado, el demonio, no entra solamente por las ventanas sino también por las rendijas, por los agujeros, por las cerraduras; probad, pues, de cerrar vuestros oídos a las palabras deshonestas, a las malas conversaciones. Cerrad también la boca, porque el demonio entra por ella con las malas palabras y blasfemias, con las conversaciones inmorales, con las murmuraciones y la gula. En suma, si no vigilamos, el demonio entra en nosotros por los cinco sentidos...

¿Queréis, pues, ir adelante en la sabiduría, seguir felizmente en la carrera de vuestros estudios, aprender bien vuestro oficio? Arrojad al demonio de vuestro corazón, tenedlo siempre lejos de vosotros y el Señor os ayudará. Cuanto más cuidado pongáis en tener lejos de vosotros el pecado, tanto mayor será el provecho que sacaréis de vuestros estudios y de vuestra profesión. *Buenas noches*" (MBe VIII, 800-801).

Para que aprendieran bien el idioma, Don Bosco recomendaba a sus alumnos el uso constante del diccionario. "Les repetía el aviso que le dio Silvio Péllico de tener siempre sobre la mesa el diccionario y de no cansarse de usarlo constantemente en las dudas, para saber el significado exacto de una palabra o el valor de una frase, y para evitar inexactitudes y galicismos. Les aseguraba que de ese modo adquirirían una claridad envidiable para escribir y que , si el Señor les llamase al estado eclesiástico, sus predicaciones serían entendidas y consiguientemente muy apreciadas por todo el pueblo" (MBe IV, 483).

Para el Primer Capítulo General de la Congregación Salesiana, que se reunió en 1877, Don Bosco compiló el esquema durante varios días de estudio. El punto 4 del esquema se refiere a "Estudios para los alumnos". En él hace estas recomendaciones particulares:

"Téngase muchísimo cuidado para que los alumnos no estén ociosos, pero no se pretenda que estudien más de lo que puede cada uno. El maestro no fuerce a progresar a los que son de cortos alcances; ayúdese a los alumnos en sus respectivas clases". Por último sugiere cuatro cosas "a tener en consideración" para el adelanto de los alumnos en el estudio: "exactitud en el horario, observancia de la disciplina, paseos a su tiempo y sin paradas y no demasiado largos, pocas vacaciones y aun éstas con estudios a elección" (MBe XIII, 217-218).

El 15 de diciembre de 1859, primer día de una novena preparatoria a la fiesta de Navidad, Don Bosco, entre otros consejos, les dijo a sus alumnos: "A lo largo del día

animaos a estudiar bien las lecciones, a hacer bien el trabajo, a estar atentos en clase por amor a Jesús" (MBe VI, 270).

Don Bosco, también en atención al estudio, consideraba una ventaja para sus alumnos el vivir juntos en el Oratorio. En una plática que les hizo en el mes de enero de 1864 expresó lo siguiente: "El ser muchos anima para aguantar las fatigas del estudio y sirve de estímulo ver el aprovechamiento de los demás: uno comunica a otro los propios conocimientos, las propias ideas, y de este modo uno aprende del otro" (MBe VII, 511).

Don Bosco desaconsejaba estudiar por la noche, argumentando que él por hacerlo en su juventud arruinó su salud, de tal forma que durante varios años de su vida parecía estar al borde la tumba. "Por eso -escribió él- siempre aconsejaré a los jóvenes que hagan lo que puedan y no más. La noche se hizo para descansar. Y, fuera del caso de necesidad, nadie debe dedicarse a estudios después de cenar. Un hombre robusto resistirá durante algún tiempo, pero acabará por dañar más o menos su salud" (MBe I, 264).

Tomando ocasión de la cultura almacenada en su juventud y guardada hasta la vejez gracias a su tenaz memoria, Don Bosco animaba a sus jóvenes clérigos a estudiar mucho y a aprender muchas cosas de memoria, aun el pie de la letra: "- Adquirid muchos y variados conocimientos, les decía, os ayudarán para hacer el bien especialmente a la juventud; pero, si no se ejercita la memoria, de nada os servirá haberlos aprendido, porque fácilmente los olvidaréis" (ib., 264-265).

Y he aquí unos consejos especiales para el estudio del latín. "Don Bosco seguía siempre ayudando a sus alumnos de los estudios clásicos. Era todo un maestro en sus consejos, a fin de que estudiaran provechosamente la gramática latina. Da testimonio de ello el profesor don Francisco Cerruti. Les decía don Bosco y particularmente a Miguel Rúa: - ¿Quieres aprender bien el latín? Traduce primero al italiano un párrafo de un autor clásico; después, sin volver a mirar el texto, vierte al latín tu traducción y, por último, compara tu composición latina con el texto. Con este ejercicio, hecho cada día durante un mes, te aseguro que comprenderás muchísimas dificultades sin necesidad de diccionario" (MBe IV, 229-230).

Podrían citarse varias otras recomendaciones de Don Bosco acerca del estudio. Pero con lo apuntado es más que suficiente para conocer la mentalidad de él a tal respecto.

DON BOSCO Y LA CULTURA

Logros culturales de Don Bosco

Se van a consignar aquí unos datos acerca de la estudiosidad y logros culturales de Don Bosco en estos campos del saber: letras, idiomas, historia, geografía, matemáticas, derecho canónico, medicina.

En las letras

En este campo, Don Bosco no tiene nada que envidiarle a un humanista de pura cepa. Como ya indiqué (p. 10), Don Bosco siendo seminarista había leído, durante su bachillerato, cantidad de obras clásicas italianas, latinas y griegas. Es verdad y lo puse de relieve, que en el segundo año del ciclo filosófico viró hacia los autores religiosos. Pero esto no quiere decir que abandonara por completo y menospreciara los autores clásicos y los estudios clásicos. En efecto, en 1882 al Cardenal Nina pudo asegurarle con satisfacción: "He leído todos los clásicos latinos y en los mejores comentarios"; y le citó a continuación una retahíla de obras y autores (M B, XV, 430). Es testimonio del card. Cagliero que Don Bosco para animar a sus hijos espirituales en el estudio de los clásicos les recitaba trozos y más trozos de Horacio, Virgilio, Ovidio y otros autores latinos e italianos (M B, IV, 650). Según Don Caviglia, en la memoria de Don Bosco se hallaban grabados Horacio y Virgilio entre los latinos, Dante, Petrarca y Torcuato Tasso entre los italianos (*Conferenze sullo spirito salesiano*, PAS, 1949, pp. 121-122). Y Don Bosco recordaba y declamaba con fruición, deleitándose y deleitando.

Esto no delata solo memoria, sino además emoción estética y gusto literario; puede decirse más: afición o pasión literaria, si bien contenida dentro de justos límites, sin euforia de renacentista. ¿Cómo se explica diversamente que, máxime entre 1874 y 1882, en sus viajes otoñales o en las visitas a sus casas (= colegios), no se olvidara nunca de poner en la valija la Divina Comedia para recrear su espíritu? (M B, VI, 408). Igualmente, siempre tenía cabida en su valija un vocabulario. Su amigo y eminente literato Silvio Pellico (1789-1854) le había aconsejado consultar ampliamente el vocabulario, y él mismo repetía a menudo este consejo a los clérigos y sacerdotes de la Congregación (M B, III, 315). Es que Don Bosco tenía pasta de literato y gusto propio de un aticista. Ya en el Seminario lo había demostrado claramente fundando una Academia literaria, de la cual él fue el alma y en cuyas reuniones cribaba con tanto rigor las composiciones de ensayo en prosa o en poesía, que los miembros de dicha Academia le pusieron el sobrenombre de rabino de la gramática (MB, I, 445). Otro famoso literato, Nicolás Tommaseo (1802-1874), estuvo en relaciones amistosas con Don Bosco "Dime con quién andas y te diré quién eres". Pero no es solo cuestión de simpatía, de aptitud, de afición u "hobby" como se dice. Nos quedan, en efecto, muchos escritos de Don Bosco. Y bien, a pesar de que el arrollador trabajo impidiera atenerse a la norma horaciana: "*limae labor et mora*, trabajo de lima y tardanza" (*De arte poetica*, parte II, verso 291), sin embargo a todos ellos se les puede aplicar el juicio que Tommaseo formulara a propósito de la historia de Italia de Don Bosco: " El sacerdote Bosco guarda el orden y la claridad, que, difundándose de una mente serena, insinúan en los ánimos juveniles una agradable serenidad" (M B, VI, 292).

Orden y claridad en el contenido y en el estilo: notas muy clásicas, notas de la gran literatura universal. En cuanto al estilo italiano de nuestro Padre, Don Ceria, el segundo biógrafo y buen entendedor de lo clásico, así lo define: " Estilo sereno y límpido" ("pacato e limpido stile": M B, XI, 84) ; y el estilo latino de Don Bosco fue calificado

por el gran Papa humanista que fue León XIII: "sencillo y claro, pero a la vez castizo" (MB, XV, 430; cf. también M B, XVII, 135) .

Bien, pues, mereció nuestro santo fundador ser nombrado miembro de la Arcadia, academia de ciencias y letras en Roma. En las *Memorie Biografiche*, tomo XII, apéndice 8, se puede apreciar el discurso de recepción que él pronunció el Viernes Santo de 1876, y oportunamente sobre "Las siete palabras de Jesús en la cruz". Muy significativo es que Don Bosco, tan modesto y humilde que rehusó sin vacilaciones el título eclesiástico de Monseñor que Pío IX había proyectado otorgarle haciéndolo su camarero secreto (M B, V, 883-884), y rehusó el título civil de Caballero de la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro que el Gobierno piemontés ya le había conferido (M B IV, 489), no rehusó, en cambio, el título de "árcade", como tampoco rehusó formar parte de la Academia de Historia Eclesiástica que Mons. Gastaldi pensaba fundar y en la cual fue inscrito en 1874 no solo entre los miembros, sino aun entre los socios fundadores (M B, X, 688-689). Es que Don Bosco apreciaba vivamente la aristocracia de la inteligencia y no temía llevar títulos nobiliarios relacionados con ella, ya que no iban a afectarle la fama de un sacerdote pobre y disponible para todo el mundo, como era en realidad y como quería ser y aparecer para irradiar mayormente el bien.

En idiomas

Así, además de su competencia en letras italianas y latinas, fue versado en griego y hebreo, y de entre los idiomas modernos tuvo preferencia por el francés (M B, I, 423-4). Tenía 21 años, pero sólo había hecho el primer año de Seminario, cuando D.

Cafasso lo propuso para un curso veraniego de griego a alumnos de un colegio Jesuita. Tal circunstancia lo impulsó a ocuparse con seriedad del griego, pudiéndose valer con mucha ventaja de la guía de un Padre de la Compañía, el P. Bini. Con este Padre alcanzó a ver en cuatro meses casi todo el Nuevo Testamento, los dos primeros libros de Homero y varias odas de Pindaro y Anacreonte. Y al mismo Padre, lleno de admiración por su alumno, podrá luego acudir por espacio de cuatro años, enviándole cada semana, para que se la corrigiera, una versión o una composición griega. "De esta manera - dice textualmente Don Bosco - pude llegar a traducir el griego casi como se haría con el latín"; casi como él hacía con el latín, o sea con toda soltura. (M B, I, 394-5). Y llegó a aprenderse todo el Nuevo Testamento en griego. Todavía en 1886 se le oyó recitar capítulos enteros de las Epístolas de S. Pablo en griego y en latín; en latín también sabía de memoria todo el Nuevo Testamento. (ib.). El griego hasta le sirvió alguna vez para entender la confesión de un católico Oriental asilado en el hospital Cottolengo (M B, II, 279); nótese de paso que no alguna, sino muchas veces Don Bosco confesó en latín y en francés (ib.).

En cuanto al hebreo, el biógrafo anota que lo estudió por su cuenta, adquiriendo suficientes conocimientos (M B, I, 423)

Vaya suficientes conocimientos, si el doctísimo teólogo José Ghiringhella, profesor de ese idioma, más de una vez fue al Oratorio a fin de consultar a Don Bosco sobre varios puntos de la hermenéutica y ciertas narraciones bíblicas que exigían explicación (M B, III, 618). Vaya suficientes conocimientos, si todavía en 1884 nuestro Padre, estando en Roma, no tuvo reparo en discutir con un sacerdote, profesor de hebreo, sobre el valor gramatical y la explicación de algunas frases originales de los profetas, haciendo cotejos con textos paralelos de varios libros de la Biblia! (M B, I, 423). Esto requiere no suficientes, sino egregios conocimientos.

Hebreo, griego, latín, italiano, francés: son bastantes idiomas para explayarse uno, para desarrollar su aptitud lingüística. Pero el cuadro lingüístico de Don Bosco se completa

con otro idioma moderno: el alemán. Abordó este idioma en 1845. Por un mes se entregó a su aprendizaje. Lo ayudó un buen profesor, cuyas lecciones, 16 en número, le costaron 20 liras, "suma no pequeña dada la tenuidad de su bolsa" (M B, II, 278), como advierte el biógrafo.- Era afán de glotólogo que lo movía a ese estudio? - Oh, no, era afán de almas: estudiaba ese idioma para poder atender en la confesión ya que nadie lo hacía, a varios civiles y muchos militares de habla alemana que se hallaban entonces en Turín. Enseguida después de las 16 lecciones se aventuró a confesar en alemán, empleando un formulario y prontuario redactado por él y corregido por el profesor. A partir de entonces por tres años continuos confesó numerosos alemanes; algunos de ellos murieron consolados por su asistencia. El surgir luego de enemistades entre Piamonte y Austria determinó la vuelta de los alemanes a su país; D.B. dejó entonces de cultivar el alemán: su alemán, en efecto, estaba al servicio del apostolado. Su alemán y toda su cultura, todas sus especializaciones, estaban al servicio de Dios y de las almas; todas las especialidades culturales que acabamos de señalar y otras más.

En historia

Miembro y socio fundador de una Academia de Historia Eclesiástica: son títulos que le cuadran estupendamente a Don Bosco. La afición mayor de él era la historia y especialmente la historia eclesiástica. ¿No sintió acaso como una necesidad confiarle al futuro Pío XI, el erudito padre Aquiles Ratti, que había acariciado un vasto plan de obras de historiografía eclesiástica? Se lo confió a él y a nadie más. A él porque "hombre de libros y de biblioteca", con el cual simpatizó íntimamente, en verdadera intimidad de corazón y de inteligencia, como se complació en ponerlo de relieve Pío XI (XIX, 295). "Pero luego - le confió Don Bosco- he visto que el Señor me llamaba por otro camino: me faltaba acaso la preparación de espíritu, de inteligencia, de memoria" (ib., 214). ¡Qué derroche de modestia! ¿Le faltaba inteligencia, memoria? ¡Si le sobraba! ¿No tenía preparación? El padre Aquiles Ratti le observó: "Me parece que Don Bosco está más que preparado para este género de trabajos", y le adujo como prueba de sólida preparación mental para este y otros géneros de trabajos su *Historia de Italia* (M B, XIX, 309, nota). ¿Fue un cumplido? También, pero conforme a la verdad más pura: precisamente en ese libro Don Gaviglia descubrió ochenta fuentes diversas y que corresponden a gruesos volúmenes (op. cit., p. 120-121); y una bibliografía de igual mole encontró en su *Historia Eclesiástica* (ib.). La historia era verdaderamente la pasión científica de Don Bosco. En efecto, en los años de Seminario había leído los siete volúmenes de Flavio Josefo, la historia eclesiástica de Fleury -autor antirromano que por reacción le infundió un mayor apego a Roma, según observaba Don Caviglia (op. cit., p. 121)-, la historia universal de la Iglesia de Henrion, buena parte de los Bolandistas (M.B., I, 411-412) y también la obra de Bercastel (ib., 433). Después siguió dedicándose con la misma avidez a lecturas históricas. Y así sabemos por las Memorias Biográficas que leyó por entero el Orsi (II, 87), que leyó atentamente los 17 volúmenes de Rorhbacher apenas fueron publicados, y que recorrió la historia eclesiástica de Salzano (I, 444). Sabemos también por la misma fuente que conoció el Audisio, el Schmid y otros autores de historias universales de la Iglesia, voluminosas o compendiadas, por lo menos a través de la lectura pública que de tales obras se hacía en el comedor del Oratorio (V, 575). Don Caviglia aseguraba que Don Bosco recorrió todo el Muratori y que la hagiografía la aprendió no solo mediante los Bolandistas, sino también mediante el Croiset (op. cit., p. 121); con respecto a los Bolandistas traía el dato de que Don Bosco cuando joven sacerdote se leía un volumen por mes y así hasta

terminar esa famosa colección de Vidas de Santos que consta de la friolera de 45 volúmenes (ib.).

Pues, teniendo en cuenta además su fabulosa memoria que actuaba como de grabador, nada extraño que Don Bosco haya producido escritos históricos tan documentados, como son su *Historia de Italia* y su *Historia Eclesiástica*. Agréguese su *Historia Sagrada* y se tendrá el tríptico de sus escritos históricos de envergadura, escritos que le merecieron grandes y autorizados elogios (cf, por ej., el juicio de Tommaseo acerca de la *Historia de Italia* en M B, IV, 291-294) y que alcanzaron amplia difusión.

Pero hay más: la historia de los Papas y de los Mártires de los tres primeros siglos, narrada en varias entregas - que son obritas- de las *Lecturas Católicas*. Y hay mucho más aún: nada menos que una historia universal de la Iglesia, que tenía como gozne a los Papas, pues él sostenía que el gozne alrededor del cual debe girar una historia eclesiástica era el Papa y que por lo tanto una verdadera historia de la Iglesia debía ser esencialmente una historia de los Papas (MB, V, 575). Pues desde el año 1849 abordó Don Bosco la composición de tal historia y fatigando muchos años logró conducir su obra, en cuatro volúmenes, hasta comienzos del siglo XIX. Pero no tenía prisa de publicarla; para ella -excepción única- no escatimaba "limae labor et mora": era, en efecto, la niña de sus ojos; debía salir perfecta lo más posible. Por eso llevaba siempre los manuscritos de la misma y empleaba todo momento libre en revisar, anotar y corregir. Pero por semejante costumbre dos veces extravió parte de sus escritos; la segunda vez hacia 1870, sin remedio: a pesar de todas las búsquedas, no apareció más el último volumen que Don Bosco había dejado en un tren por la prisa al bajar. No pudo Don Bosco rehacer el trabajo extraviado, y la obra no salió a luz. No pudo rehacer el trabajo extraviado, por falta de tiempo (M B, V, 575-576). Esto, el tiempo, era lo que le faltaba; no ya preparación ni menos inteligencia ni memoria: estaba agobiado por el trabajo - un trabajo colosal que daba la impresión de la opresión - , como recordaba Pío XI (M B, 250).

En apologética

Afín a la historia eclesiástica es la apologética; y esta es otra descollante especialidad de Don Bosco. En el Breve Apostólico de la beatificación de él, el Papa Pío XI apuntó lo siguiente: "Para ir al encuentro del pueblo y de la gente inculta e ignorante, (Don Bosco) ya en posesión de mucha y variada cultura, se aplica con particular empeño a la ciencia apologética y al estudio de la historia" (MB XIX, 139).

Hacía notar Don Caviglia que Don Bosco estudió la apologética sobre el Bergier, el mejor apologista de entonces y que unos pasajes de ese autor se hallan reproducidos en la *Historia de Italia* (op. cit., p. 121). ¿En la *Historia de Italia* ? Sí. Es que Don Bosco estaba dominado por la preocupación apologética; y entonces también la historia profana le sugería argumentos en defensa de la verdadera religión. De ahí se deriva que las páginas de la *Historia de Italia* contienen -como advierte el biógrafo- una verdadera defensa de la Iglesia y de los Papas, demuestran los beneficios por ellos prestados a la civilización y especialmente a Italia, y sostienen el dominio temporal de los Papas como necesario para el libre ejercicio de su autoridad espiritual" (MB V, 495). .

Tan dominado estaba Don Bosco por la preocupación apologética que hasta quiso convertir a los jóvenes católicos en pequeños apologistas, pues en la *Juventud Instruida* - esa especie de Vademécum mundial (cf MB III, 9, y XIX, 102) de la juventud católica que él publicara por vez primera en 1847 - les ofrece a sus "queridos", los jóvenes, un límpido y utilísimo tratadito de apologética fundamental. En ese tratadito, que lleva por título "Fundamentos de la religión católica" les suministra primero una idea general de

la verdadera religión; luego les expone las razones por las cuales la verdadera religión es una sola, y les señala los caracteres que distinguen a la Iglesia de Jesucristo (una, santa, católica y apostólica); les explica por qué las iglesias valdenses, protestantes y otras no pueden poseer los caracteres de la verdadera Iglesia; les demuestra que no puede ser que los judíos, los musulmanes, los valdenses, los protestantes y otros posean la verdadera religión; los provee después de una suficiente ilustración acerca del Jefe de la Iglesia católica y de su poder, acerca de la infalibilidad pontificia y beneficios que se derivan de la definición de esta infalibilidad; les sugiere cómo responder a los protestantes, cuando dicen que pertenecen a la verdadera Iglesia por creer en Jesucristo y en el Evangelio, etc.

A comienzos de marzo de 1853 aparecía el primer opúsculo de las *Lecturas Católicas*. Era un opúsculo apologético, pronto integrado por otros cinco. Reunidos en un solo volumen, la edición se agotó pronto. El libro se titulaba: *El católico instruido*; era un tratado popular sobre la verdadera religión, una apología de la Iglesia contra los innovadores de la Reforma. En 1882 Don Bosco reimprimió el libro, notablemente aumentado y corregido, bajo el nuevo título: *El católico en el mundo*. "Pequeño de mole - lo calificó la *Civiltá Cattolica* - pero todo él lleno de jugo y sustancia de doctrina católica" (MB XVI, 24). Así se explica que haya tenido el honor de varias ediciones.

En geografía

Don Bosco estudió a fondo la geografía para una comprensión más plena y cabal de la historia. Y en esto fue un innovador o por lo menos un pionero de vanguardia. Actualmente se afirma sin vacilar: La geografía es "una integración de la historia" (G. Lombardo Radice); "la geografía es la historia en el espacio, lo mismo que la historia es la geografía en el tiempo" (Eliseo Reclus). Pero en tiempos de Don Bosco la concepción de la geografía al servicio de la historia recién estaba asomando.

El se dedicó de lleno a la geografía bíblica y hasta fue profesor de esta materia en el Seminario de Turín durante un año y más (en 1850 y 1851). Dominaba verdaderamente la geografía antigua de Palestina y países cercanos, sin excluir Asia Menor, Mesopotamia, Egipto y Grecia. Sus clases eran seguidas con placer, porque a la exactitud topográfica de las regiones y ciudades sabía juntar una colorida descripción de los hechos ocurridos en ellas. Pero tuvo que suspender las lecciones en el Seminario por sus ocupaciones apremiantes. Siguió, no obstante, dando clase de geografía en el Oratorio: geografía bíblica y aun geografía universal, que él profundizaba en vista de la historia eclesiástica. A esta segunda clase de geografía concurrían también algunos que iban "ex professo" al Oratorio para frecuentarla.

Rara competencia poseía Don Bosco con respecto a la región y país natal, si no solo impulsó a un alumno suyo, el joven Marchisio, a dibujar un mapa postal, primero de Piamonte y luego de toda Italia, sino que hasta corregía el trabajo a medida que este progresaba. El trabajo resultó tan llamativo que le valió a Marchisio el cargo de Director de los correos en Roma (M B III, 618-619).

Don Bosco era pues un auténtico especialista en geografía de su región y demás regiones de Italia. Pero lo más admirable es que haya adquirido una competencia extraordinaria respecto de una región muy lejana y nunca vista: me refiero a nuestra Patagonia. Y eso que, según le confesó al P. Barberis, llegó a los 60 años sin casi oír el nombre de esta extrema punta de América del Sud. Al mismo le confió: "¿Quién me hubiera dicho que habría llegado el momento de tenerla que estudiar palmo a palmo en todas sus particularidades?" (MB XII, 215). "Palmo a palmo -nótese bien-, en todas sus

particularidades”. Fue conociéndola a través de autores de nota, a través de las relaciones de sus hijos misioneros y ... a través de sueños, sueños-visiones, sueños proféticos (cf Pietro Scotti, “La Dottrina spirituale di Don Bosco”, SEI, 1939, p. 90).

En 1883, ante la Sociedad Geográfica de Lión, estando presentes los mejores sabios de la ciudad, dio una conferencia sobre la Patagonia con tal lujo de detalles acerca de su fauna, flora, geología, minas, ríos y habitantes, que todos quedaron sorprendidos (ib.). Posteriormente envió a esa Sociedad una memoria sobre la Patagonia que fue juzgada un trabajo valioso. Por eso el Consejo Directivo de la Sociedad en enero de 1886 le comunicaba que había resuelto otorgarle una medalla de plata por sus benemerencias en el campo de la ciencia geográfica. La medalla, recibida luego por Don Albera en representación de Don Bosco, llevaba la leyenda: “Don Bosco fundador de los Salesianos – Civilización de la Patagonia” (MB XVIII, 31-32).

En realidad, aun prescindiendo de la civilización de la Patagonia, llevada a cabo por sus abnegados misioneros, y atendiendo tan solo a la ciencia geográfica de la Patagonia, fomentada por él y por sus hijos espirituales, principalmente por el P. Lino Carbajal y el P. Alberto De Agostini, justo sería que en el corazón de la Patagonia se levantara un grandioso monumento a Don Bosco, apasionado como el que más por esta tierra de promisión y por sus moradores. Igualmente merecería un busto o un cuadro en la sede de toda Sociedad Geográfica o Agencia Turística de la Patagonia.

En matemáticas

Las matemáticas constituyeron otra gran afición cultural de Don Bosco.

El 17 de setiembre de 1845 el Gobierno de Piamonte emanó un edicto por el cual se abolían en todo el reino las antiguas pesas y medidas, sustituyéndolas por las pesas y medidas conformes al sistema métrico decimal; el edicto entraría en vigor el 1° de enero de 1850. Y bien, Don Bosco, antes de que el Gobierno tomara medidas para inculcar el nuevo sistema y agilizar la implantación del mismo, se puso en seguida "como buen matemático" a escribir un librito que tituló: "El sistema métrico decimal simplificado y precedido por las cuatro primeras operaciones de la aritmética para uso de los artesanos y de la gente de campo" (M B, II, 482-483). La primera edición, cuya tirada fue de miles de ejemplares a solos 10 centavos el ejemplar, tuvo un éxito rotundo y sirvió grandemente para difundir y afirmar el nuevo sistema. El librito, en efecto, aunque de precio tan módico, se destacaba realmente por su sencillez, popularidad y precisión. El Abad Aporti, las autoridades y los maestros lo acogieron con grandes encomios. *L'Unità Cattolica* lo calificó el más apto para los grados elementales, poniendo a la vez de relieve que era el primero del género que se hubiese publicado en Piamonte (M B, II, 487). La bondad del libro fue luego comprobada por varias ediciones; viviendo todavía Don Bosco se publicó la octava con una tirada de más de 200.000 copias (M B, II, 489).

Fue precisamente en la preparación de tal volumencito que Don Bosco reveló poseer una verdadera pasión matemática. Ya iba a salir a luz la obrita, cuando Don Bosco se dio cuenta de una dificultad de cálculo que no había previsto. Se trataba de hallar una fórmula para facilitar la solución de un problema muy complicado. Entonces al editor Juan Bautista Paravia le hizo suspender la composición para dar con esa fórmula. El mismo editor estaba por publicar en esos días un librito parecido, obra del profesor Giulio, eximio matemático y profesor en la Universidad de Turín, y -cosa curiosa- también este le dijo que suspendiera el trabajo. Es que se había percatado de la misma dificultad con que había topado Don Bosco. Resultó entonces que uno y otro autor estaba a la espera de cómo se desembarazaría el colega. Don Bosco no descansaba ni de

día ni de noche, devanándose los sesos y llenando páginas y cuadernos con cifras en procura de esa fórmula. No había caso. Pues tercamente resuelto a descubrirla, salió de la ciudad, pasó el Po y subió a las colinas circundantes dirigiéndose a la villa del prof. Picco. Allá nada ni nadie lo molestaría. Pidió un cuarto apartado, y ahí estuvo encerrado por varios días, alambicando números y fórmulas. Su mente estaba rendida de tanta fatiga. El prof. Picco lo instaba a que desistiera, pero él no aflojaba ni tomaba descanso; tan solo, de cuando en cuando, se recogía en oración para pedir luz a Dios. Finalmente le fulgura una idea. La aplica: ¡Exacto! ¡Ya está la fórmula! En seguida abandona la pieza. Jubiloso comunica el descubrimiento -su éureca- al prof. Picco y familiares, pero rehúsa dar explicaciones sintiéndose agotado y convulso. Se despide pues y baja presuroso a la tipografía. No faltaba sino esa fórmula para completar la obra. Apenas publicado el librito, el prof. Giulio se apropió de la fórmula y concluyó su trabajo (M B, II, 485-487).

No fue ese el único caso en que Don Bosco se lució en matemáticas, aunque de ordinario la modestia velaba el brillo de su talento y erudición.

Es de singular significación el caso que sucedió en el colegio de Valsalice en 1878. Celebrándose ahí una fiesta, en la mesa le hacían corona a Don Bosco ilustres y doctos personajes. Habiendo caído el discurso sobre un nuevo sistema de numeración, propuesto entonces por un egregio profesor, se discutió en pro y en contra. Don Bosco escuchaba y callaba. Al fin de la discusión, los comensales, casi en broma, apelaron a él. Y he ahí que su modestia dejó traslucir vívidos fulgores matemáticos. Pues en un periquete demostró la absurdidad de esa teoría y expuso su parecer con tanta claridad y fuerza persuasiva, que todos lo aclamaron. Hubo quien le preguntó entonces si era también matemático. Contestó el santo: "Tenía inclinación a esta ciencia. Cuando alumno siempre obtuve el primer premio en tal asignatura" (M B, XIII, 443).

En filosofía

La filosofía no fue una especialización de Don Bosco. Nótese con todo que tenía particular inclinación y aptitud para filósofo. Pues siendo seminarista, pudo en pocos días ver el tratado de metafísica, que no había sido explicado, y superar felizmente la prueba (M B, I, 396). Fácilmente retenía de memoria los varios tratados, y aun llegó a aprender de memoria algunos volúmenes de Santo Tomás de Aquino (M B, I, 412). Y no vaya uno a creer que sería una memoria meramente mecánica, de papagayo; como para impedir semejante juicio, el biógrafo advierte expresamente a propósito de los tratados de filosofía, que el clérigo Bosco "no se cansaba de meditarlos en todas sus partes, pruebas, distinciones y objeciones" (M B, I, 396).

En verdad que luego Don Bosco esquivará las discusiones con filósofos de profesión, no tanto por falta de preparación, sino por una especie de aguda conciencia y casi pudor científico de no meterse con especialistas en lo que no era de su competencia, dada la orientación eminentemente práctica de sus estudios. Sin embargo, si ex ungue leones, si por las uñas se conoce al león, qué león hubiera podido resultar Don Bosco aun en filosofía, si alguna vez, saliendo de su habitual reserva, dejó asomar terribles garras de filósofo.

Así ocurrió con D. Ciattino, filósofo rosminiano huido de Venecia por causas políticas y hospedado caritativamente en el Oratorio. Un día hablándose en la sobremesa del origen de las ideas y otras cuestiones filosóficas, D. Ciattino expuso su opinión. Pero he ahí que luego Don Bosco sacando de la proposición de él la primera consecuencia y eslabonando a continuación una serie de ilaciones bien apretadas, precisas, aplastantes, que no admitían réplica, acabó por espetarle esta conclusión: "Luego Ud. es panteísta?"

EL docto filósofo balbuceó alguna respuesta, pero no era posible desvincularse de las razones aducidas por Don Bosco y entonces optó por enfadarse y retirarse del comedor: en realidad tuvo que batir en retirada. (MB, I, 396-7). En otra circunstancia, casi presionado por su gran amigo Mons. Ferré, rosminiano hasta la medula, nuestro santo Fundador demostró no vacilar mínimamente en su concepción tomista: es que se sentía provisto de razones contundentes, irrefutables. "Vea, Monseñor -le dijo- , yo no soy filósofo ni estoy por lo tanto en condiciones de sostener con Ud. una disputa de este género; pero lo que sé con certeza es que el querer demostrar, como pretenden los rosminianos, la existencia de Dios a priori es imposible; luego la idea innata del ente cae de por sí" (M B, XIII, 20).

D. B. no era filósofo; sí, no era filósofo de nombre ni de profesión, pero su lenguaje delataba una mentalidad exquisitamente filosófica, matemáticamente filosófica: tan claro y ordenado era su lenguaje. "Su mente matemática - atestigua Don Lemoyne - era tan ordenada, que procedía siempre en sus razonamientos mediante definiciones exactas, cuales las traen los mejores autores. Y de eso nosotros, que escuchamos por varios años sus instrucciones en la iglesia, podemos dar amplio testimonio; ya que él solía siempre anteponer la definición de la verdad, vicio, o virtud, que formaba el objeto de su plática, procediendo luego con orden a las varias pruebas. De esta manera quedaban imborrables las verdades que de él se aprendían." (M.B., I, 396).

En Derecho Canónico

Conocía el Derecho Canónico hasta permitirse enviar a León XIII una nota o pro memoria sobre la comunicación de privilegios (MB, XVII, 125). Una vez que D. Dalmazzo citó la autoridad de Don Bosco para impugnar un supuesto decreto que prohibía los privilegios per communicationem, y la citó nada menos que a oficiales de la Congregación de Obispos y Regulares, quienes no dudaban de la existencia de ese documento, se quiso averiguar la cosa y se encontró que Don Bosco tenía razón (M.B., XVII, 136). Verdaderamente poseía el Derecho Canónico; lo poseía aun en detalles mínimos .

En medicina

Para dar una última pincelada al cuadro de la cultura de Don Bosco, recordaré que hasta entendía de medicina. Es que cuidando en el Seminario a los compañeros enfermos, había tenido ocasión de interrogar a los médicos y enterarse así de los síntomas, del desarrollo y de las fases de muchas enfermedades, aprendiendo también el tratamiento a emplearse y aun la manera de preparar remedios que eran recetados. Por semejante bagaje de conocimientos sorprendía Don Bosco a los mismos médicos. Así en cierta ocasión uno de ellos conversando con Don Bosco sobre enfermedades y contestándole a varias preguntas: "Pero Ud. -exclamó de repente- antes de ser sacerdote ejerció acaso la medicina? : y a la respuesta que le diera el santo, de que él interrogaba sólo para instruirse, le hizo notar: "Pero no sabe que sus interrogaciones no puede hacerlas sino quien ha estudiado medicina?" (M.B., I, 446). Lo cierto es que los médicos del Oratorio, como nuestro Padre solía con ellos entrar en argumentos de medicina, decían jocosamente que cada vez que se hallaban con Don Bosco debían arrostrar un examen (M.B., IV, 218).

Armonía de ciencia y fe

Ante tamaño cúmulo de cultura y especializaciones de todo género, queda uno embargado de admiración: se advierte, en efecto, la presencia de un gigante de la cultura. Si, un gigante de la cultura fue Don Bosco., así como lo fue de la caridad y de la santidad. Estupendamente armonizan en él ciencia y fe, el sabio y el santo: es que Don Bosco concibió la ciencia al servicio de la fe, al servicio del apostolado, al servicio de la caridad. *Charitas Christi urget nos*; Cristo era su pasión vital: pues Cristo se proyectaba en toda su actividad y por ende también en toda su cultura.

"Entre las ciencias, a las que Ud. , se ha aplicado, cuál es la que más le agradó?" - así le preguntó Pío IX el 21 de marzo de 1958. - Santo Padre - contestó Don Bosco - no son muchos mis conocimientos; pero el que me gustaría y deseo es *scire Jesum Christum et hunc crucifixum* (conocer a Jesucristo y a él crucificado)" (M.B., V, 883). He aquí la ciencia favorita de Don Bosco, la ciencia que es como la clave de toda la otra que en él admiramos. Por eso la otra ciencia no lo hinchaba mínimamente, sino que por el contrario permanecía velada. A propósito de su cultura literaria atestiguó Mons. Cagliero: "Quien no le era más que familiar, aun estando en casa, difícilmente podía llegar a conocer la gran riqueza literaria que su mente poseía, italiana, latina y griega". (M.B., IV, 650). Cultivó él la ciencia por Dios y por las almas: por eso la cultivó con pasión, pero por eso mismo era ágil y diestro en esgrimirla solo cuando Dios y las almas lo demandaran y cada vez que Dios y las almas lo demandaran. "Da mihi animas, cetera tolle (Dame las almas y quédate con lo demás)!" Este es su lema.